



*La promesa
de Helena*

CHLOE SANTANA

PARADISE LAKE 1

Helena lo ha perdido todo y tiene la esperanza de empezar de nuevo en Paradise Lake, un lugar al que llega con la intención de cumplir una promesa. No cuenta con ganarse la antipatía del propietario: un hombre huraño, enigmático y que se empeña en recordarle que ese no es su sitio.

Blake sabe que ella le traerá problemas desde el primer instante en el que pone un pie en el rancho. Es preciosa, obstinada y está prohibida para él.

Helena no ha vuelto a ser la misma desde aquel fatídico día.

Blake se ha convertido en un hombre que no permite a nadie entrar en su vida.

No tienen nada en común. Salvo una atracción inesperada y un destino que se empeña en unirlos a pesar de sus diferencias. Porque a veces la vida regala segundas oportunidades y los corazones rotos encajan.

Ella era una chica de ciudad. Él era un vaquero indomable y orgulloso. Lo tenían todo bajo control... hasta que se conocieron.

NOTA DE LA AUTORA

Esta historia está escrita alternando capítulos en tercera persona y pasado, y capítulos en primera persona y presente. En ambas partes, la protagonista de la historia es Helena. La razón de haber intercalado la narración entre la tercera y la primera persona se debe a que deseaba incluir el punto de vista de un personaje fundamental en los hechos que se refieren al pasado y consideré que hacerlo en tercera persona era lo más adecuado. De ese modo se hace justicia con ambos personajes y se ofrece un punto de vista más imparcial para el lector. (Aunque al principio la lectura pueda resultar más confusa).

Espero que disfrutéis de la historia tanto como yo lo he hecho al escribirla. Por favor, no hagáis spoilers en los comentarios acerca del final, y si os apetece comentarla, podéis contactarme a través de mis redes sociales. ¡Estaré encantada de recibir vuestras opiniones! Espero que disfrutéis la historia tanto como yo lo he hecho al escribirla.

Bienvenidos a Chicago. Érase una vez la historia de dos jóvenes universitarios que lo tenían todo para ser felices.

Bienvenidos a Paradise Lake, Texas. Donde una chica de ciudad y un vaquero con malas pulgas se encuentran sin estar preparados el uno para el otro.

Es un placer presentaros a Josh, Helena y Blake. Ya son vuestros.

“Nunca confesó abiertamente su amor, pero sí es cierto que los ojos hablan y hasta un idiota se habría dado cuenta de que estaba locamente enamorada.”

Emily Brontë
Cumbres Borrascosas

Parte I

Amistad platónica

16 de septiembre de 2015

Helena era una experta en llegar tarde. Nadie la creería por mucho que ella dijera que no lo hacía a propósito. La realidad era que siempre le surgían contratiempos que la ralentizaban en contra de su voluntad. Por ejemplo, aquella mañana había sido bastante precavida al despertarse con dos horas de antelación. Le había dado tiempo a darse una ducha larga, pelearse un buen rato con el armario hasta escoger el jersey azul cielo que según su madre hacía juego con sus ojos, desayunar un bol de cereales e incluso se había acordado de ordenar la habitación para causarle una buena impresión a su compañera. Para ella tenía mucho mérito porque era un desastre con patas (o eso afirmaba su padre). Pero la vida constantemente la bendecía, nótese la ironía, con percances que la retardaban. Y esa mañana no contaba con aquella anciana de la parada del autobús que estaba visiblemente desorientada. Si Helena hubiera sido otra clase de persona, se habría limitado a esperar el bus como el resto de los pasajeros. Pero Helena era una mujer empática por naturaleza y siempre tenía una sonrisa para todo el mundo. Como decía su abuelo: «nunca dejes de sonreír porque no sabes a quién puedes alegrarle el día con tu sonrisa». Ella creía en los pequeños gestos y la habían educado para ser amable con los demás, así que se interesó por la octogenaria y descubrió que se había equivocado de parada. Ni corta ni perezosa, se subió con ella en un autobús que la alejaba de su destino y le indicó cuál era la parada correcta. Al fin y al cabo, le hubiera gustado que alguien hiciera lo mismo por su abuelo.

¿Por qué la gente iba a lo suyo en un mundo que giraba demasiado deprisa? No pudo responderse a sí misma porque le sucedió lo de siempre: Llegaba tarde. Había vuelto a confiarse y su buena voluntad le había jugado una mala pasada.

Era su primer día en la universidad. Se había matriculado en humanidades en la universidad de Chicago con la intención de graduarse en periodismo. O quizá en escritura creativa. Aunque Lengua y literatura inglesa le ofrecía bastantes posibilidades en el mercado laboral. Todavía no lo tenía claro pero sabía que su gran pasión eran los libros. Y como llegase tarde a aquella primera clase tendría un inicio académico de lo más catastrófico. Corrió a toda prisa por los pasillos de la universidad mientras buscaba su aula. Además de ser impuntual era despistada. La clase de persona que olvidaba donde había dejado las llaves de casa e ignoraba que su clase de literatura universal se encontraba en el edificio anexo. Le costó diez minutos y preguntar a un montón de alumnos dar con el sitio exacto. Estaba empapada en sudor y tenía la respiración acelerada cuando llegó al aula magna. Sentía tal euforia que abrió la puerta de par en par y todos se volvieron hacia ella. Por lo visto había hecho un poco de ruido. Tragó con dificultad e intentó mimetizarse con la pared, pero su maldito jersey celeste resaltaba demasiado sobre el muro de hormigón blanco.

¿Algo que Helena no soportase? Ser el centro de atención. Ella prefería ir a lo suyo porque pensaba que destacar solo le traía problemas a una chica que había sido bendecida con una belleza de la que no se sentía orgullosa. Apretó la carpeta contra el pecho y deseó ser invisible. Centenares de ojos se posaron en ella mientras subía las escaleras con la cabeza gacha y la intención de ocultarse en el fondo del aula.

—Empezaremos la clase cuando la señorita impuntual se siente. Tranquila, no tenemos prisa. Si Víctor Hugo tar-

dó diecisiete años en escribir *Los miserables*, nosotros podemos esperar unos minutos a que usted le apetezca escoger un asiento –la autoritaria voz del profesor de literatura universal arrancó las risas maliciosas de un puñado de alumnos.

«Vaya, pues sí que me ha visto».

Un calor abrasador le subió por las mejillas cuando todo el mundo empezó a mirarla. Algunos lo hacían con cierta compasión y otros con impaciencia. Hubo cuchicheos y miradas de desaprobación. Seguro que pensaban que a la rubia tonta le encantaba llamar la atención –para su desgracia, era la imagen que solía provocar en los demás—. Se sentó en el primer asiento libre. Le temblaban las piernas y el corazón se le iba a salir del pecho por culpa de la carrera y la vergüenza.

–Menos mal. Ha tardado lo suyo. Esperemos que no sea igual de lenta para todo... –la broma de mal gusto del profesor la obligó a mirarlo a la cara para encajar el golpe. Era un hombre alto, canoso y de mirada desabrida. Tres segundos en clase y ya se había ganado su antipatía—. Muy bien, señorita...

–Helena Jones –su voz sonó estrangulada.

–Señorita Jones, ya que ha interrumpido mi clase, no le importará hacer la introducción del primer epígrafe del temario sobre Los orígenes de la literatura. La escuchamos.

«Mierda».

A Helena le empezaron a sudar las manos. ¿Una exposición sobre Los orígenes de la literatura? Si ni siquiera le había dado tiempo a comprar el libro. Pensaba hacerlo aquella misma tarde porque ayer su prima Martha la llamó llorando desconsolada porque su novio había roto con ella y claro, ¿cómo iba a decirle que no podía escucharla porque tenía que ir a la librería? Ante todo, Helena era impuntual y buena amiga.

–Yo... esto... Señor... –intentó recordar el nombre del profesor. Uf, se estaba luciendo. Además de impuntual y buena amiga, tenía memoria de pez. ¿Cómo se llamaba el profesor de introducción a la literatura universal? Recordaba haber leído su nombre en aquel temario que se había manchado de café cuando se quedó dormida viendo por enésima vez *Pretty Woman*. La culpa de todo la tenía Richard Gere—. Disculpe, Señor...

El profesor le dedicó una mirada irritada.

–Ya sé que no soy Shakespeare, pero no le vendría mal aprenderse mi nombre.

Más risas maliciosas. Se acababa de labrar una reputación de imbécil que la perseguiría durante todo el curso. Qué bien empezaba.

–Llega tarde, no se sabe el temario y desconoce el nombre del profesor. En lugar de haberse matriculado en la universidad, debería volver a prescolar para que le enseñaran las nociones básicas sobre cómo comportarse en público.

Helena notó como todo el peso de la vergüenza caía sobre sus hombros. A partir de ahí, la clase fue a peor. El Señor Foster, que así se llamaba el susodicho, no dejó pasar la oportunidad de ridiculizarla cada vez que explicaba algún tema.

«Así que no sabe quién escribió *Desesperación*. Supongo que usted se quedó en *Lolita*. O quizá es mucho pedir que la haya leído».

«Señorita Jones, ¿podría explicarnos la diferencia entre la lírica renacentista y el petrarquismo? ¿No tiene ni idea? Vaya, no sé de qué me sorprende».

«Última oportunidad, Señorita Jones, o de lo contrario creeré que viene usted de otro planeta. El humor de Rabelais. Deléitenos con su sabiduría y me caeré de espaldas del gusto. ¿Nada? ¿Se ha quedado muda?»

Helena se sintió tan humillada que tuvo que hacer un gran esfuerzo para no echarse a llorar o huir de la clase. El

profesor había encontrado al blanco perfecto de sus bur-las y por lo visto no iba a soltarlo. Hasta que una voz masculina y socarrona se impuso entre las risas de sus compañeros:

–Yo tampoco lo sé.

El señor Foster levantó la cabeza del libro y buscó al propietario de aquella voz masculina tan enérgica.

–¿Disculpe?

–Josh Sackler –dijo con orgullo el alumno–. Le decía que yo tampoco sé la diferencia entre la lírica renacentista y el petrarquismo. No tengo nada en contra de la señorita Jones, pero me parece fatal que monopolice la clase. Si va a darle clases particulares a la señorita Jones, también me apunto. He notado que tiene cierta predilección por ella y no soporto los tratos de favor. Tampoco iba a desperdiciar la oportunidad de hacerme notar, para qué mentir, –todo el mundo se volvió hacia él con los ojos abiertos de par en par. Helena lo miró entre sorprendida y aliviada por dejar de ser el centro de atención–. Por cierto, esta noche doy una fiesta y estáis todos invitados. Quizá no sea tan interesante como esta apasionante clase de literatura, pero nos merecemos disfrutar de una buena juerga antes de que la presión académica nos asfixie.

Al Señor Foster se le cambió la expresión. Arrugó la frente y puso mala cara cuando la mitad de la clase rio las gracias de aquel joven. A Helena no le pasó desapercibida la seguridad que desprendía. A diferencia de ella, estaba encantado siendo el protagonista. De lejos pudo apreciar que era la clase de universitario atractivo y descarado que tendría bastantes admiradoras.

–En fin, ya tenemos al gracioso de turno. No será el más listo de la clase pero seguro que es el alma de la fiesta. Gracias por su intervención, Señor Sackler.

–De nada, Señor Foster.

Hizo una reverencia antes de sentarse y casi toda la clase se partió de risa. Menos ella. Estaba demasiado abo-

chornada para sonreír. Se pasó el resto del tiempo tomando apuntes para ponerse al día, mientras se juraba que aquella misma tarde iría a la biblioteca para pedir prestado el libro y enterraría la cabeza dentro hasta absorber todo el temario. Así le demostraría al Señor Foster que no era una completa idiota.

Cuando la clase terminó, buscó a su salvador para darle las gracias. Era lo mínimo que podía hacer porque había sido el único que le había echado un cable. Los demás se limitaron a mirar para otro lado, agradecidos de no ser ella, o a reírse en voz alta de su mala suerte.

Josh estaba de espaldas y charlaba animadamente con un grupo bastante numeroso de alumnos. Parecía el líder, algo impropio de un alumno de primero. A lo mejor no había sido tan desinteresado como ella pensaba y había montado aquel numerito para destacar. A partir de ahora sería conocido como aquel alumno de primero que se había atrevido a contradecir en público a un profesor. Todos hablarían de él.

«¿Y qué más da? Aunque no lo haya hecho por mí, tengo que darle las gracias porque le debo una».

—Hola.

Helena tuvo que levantar la voz para hacerse notar. Él estaba demasiado encantado pavoneándose delante de un par de chicas que la miraron con fastidio cuando ella le tocó el brazo. Josh se volvió hacia ella con una amplia sonrisa que se ensanchó cuando la reconoció. No era atractivo, era guapísimo. De pelo negro, ojos verdes y piel tostada por el sol. Intentó adivinar de qué parte de Estados Unidos sería antes de que él hablase.

—Hola, señorita Jones.

Del sur. California, Los Ángeles, Arizona... tal vez Texas.

—Hola, señor Sackler —le siguió el juego—. Solo quería que supieras que agradezco mucho lo que has hecho por mí. Te debo una.

Él la miró con interés y ella captó la clase de mirada que le dedicaba. Solía provocar aquel efecto en los hombres. Lo odiaba. Cuando eras guapa los demás siempre sacaban conclusiones precipitadas y creían conocerte. Lo que veían era el envoltorio, pero el envoltorio jamás definía quién eras.

–Hecho. Ven esta noche a la fiesta que se celebra en mi fraternidad. Así estaremos en paz.

«Va a saco. Este no se corta».

Helena sabía cómo quitarse de encima a aquella clase de tipos. Se haría la tonta, que era lo que esperaban de ella, y luego le diría lo que quería oír. Era la única estrategia para salir airosa de la situación.

–Pues... no sé. La verdad es que todavía tengo que instalarme y hacer algunas compras de última hora.

–Me gustaría mucho que vinieras –él insistió con una seguridad que la arrojó. Estaba convencido de que ella daría su brazo a torcer. Era muy predecible.

–Me lo pensaré –respondió, y se apartó el pelo de la cara para demostrar unos nervios que no sentía. Tenía ganas de quedarse a solas y llorar sobre la almohada por lo sucedido con su profesor. Pero debía provocar la impresión equivocada si quería quitárselo de encima. En la vida se había topado con suficientes Josh Sackler para saber cómo actuar—. Será mejor que me vaya. Tengo clase y no quiero llegar tarde. Otra vez.

–Adiós, señorita Jones.

A ella le gustó su voz. Suave, confiada y varonil. Le ofreció una media sonrisa y se alejó a paso ligero. El resto del día transcurrió con normalidad. Llegó puntual a todas las clases, fue a la biblioteca y consiguió el último manual de literatura universal y cenó un sándwich de queso mientras leía *Desesperación*. Lo había escrito Vladimir Nabokov y se quedó dormida con la intención de demostrarle al Señor Foster que no era una estúpida. No fue a la fiesta.

1

En un recóndito lugar de Texas. Presente.

Mantengo la mano izquierda sobre el volante e intento cambiar de emisora de radio con la derecha. Me doy por vencida cuando lo único que logro sintonizar es una emisora local de música *country*. Odio la música *country*. Yo soy más de Adele, Sia o Dua Lipa. Bajo el volumen pero la dejo encendida. Llevo casi cuatro horas al volante y no quiero quedarme dormida. El sol de principios de marzo se refleja en el parabrisas delantero y tengo ganas de echar una cabezadita. No soy una imprudente, pero quién habría imaginado que lo único que vería durante cientos de kilómetros serían surtidores abandonados, una carretera eterna y un horizonte de pastos dorados. Menos mal que llené el depósito hace cuatro horas, porque de lo contrario no sé qué habría sido de mí. El gps del móvil me ha abandonado y mi única guía es un mapa anticuado que adquirí en la gasolinera por cuatro dólares.

La semana pasada estaba convencida de que mi vida no podía ir a peor. Arruinada, sola, con una excedencia y amargada. Entonces tomé la decisión de embarcarme en esta locura de viaje con la intención de revertir mi situación. Me dije: «ya nada puede ir a peor», pero como diría Murphy: «la tostada siempre se me cae por el lado de la mantequilla». Y ahora cabe la posibilidad de que me quede sin gasolina y deambule deshidratada por una carretera solitaria hasta desmayarme de agotamiento y ser devorada por los buitres. Menudo final tan patético.

Tengo ganas de gritar, pero en lugar de ello subo el volumen cuando suena una canción decente. Shania Twain canta que se siente como una mujer y que va a salir de fiesta. Mi fiesta perfecta sería encontrar una habitación de hotel decente y darme una ducha de agua fría. El aire acondicionado del coche que he alquilado no funciona – un detalle sin importancia que se le olvidó comentar al de la agencia–, y fuera hace tanto calor que sospecho que en el asfalto podría freírse un huevo. Aunque llamar «asfalto» a un camino polvoriento y lleno de baches es ser demasiado considerada. Bajo la ventanilla para refrescarme y me veo obligada a subirla cuando el interior del vehículo se llena de un polvo amarillento y denso que está a punto de asfixiarme. Me entra un ataque de tos y los ojos se me llenan de lágrimas.

Odio la música *country*.

Odio los viajes largos.

Odio Texas.

Es la primera vez que estoy aquí y ya me he labrado una opinión precipitada. Texas representa todo lo que aborrezco. Es el segundo estado más grande de Estados Unidos por detrás de Alaska. Supera el índice promedio nacional de la tasa de criminalidad y la mitad de las ejecuciones del país tienen lugar aquí. Es un bastión republicano y hace más de medio siglo que en Texas no gana ningún candidato demócrata –concretamente desde Jimmy Carter–. Kennedy fue asesinado en Dallas y es el estado con un mayor número de armas de fuego registradas además de ser la cuna de la cultura *cowboy*, el petróleo y las minas de carbón. Para una demócrata contraria a la pena capital, vegetariana y ecologista, es algo así como el paraíso. Nótese la ironía.

Sin embargo, nadie pudo quitarme la idea de la cabeza cuando decidí emprender este viaje. Ni siquiera mamá y sus: «te has vuelto loca». O Penny y sus: «te estás dejando llevar por la culpabilidad y te vas a arrepentir». Sí, las

dos tenían razón. Este último año me ha hecho perder el juicio y sentirme tremendamente culpable. Por eso estoy aquí. En un intento desesperado por solucionar mis problemas y cumplir una promesa. Quizá de paso mi vida cobre ese sentido que perdió hace quince meses.

El coche se hunde en un socavón y agarro el volante con las dos manos para no perder el control. Todo sucede demasiado deprisa. El impacto me hace saltar del asiento y las ruedas derrapan hasta que escucho un chirrido. Freno y tengo el presentimiento de que acabo de pinchar una rueda. Cómo no, la vida demostrándome que incluso en los peores momentos siempre puede llover sobre mojado. Me bajo del coche e inspecciono las cuatro ruedas. Resoplo al comprobar que la rueda trasera derecha se ha pinchado. Apoyo las manos sobre el maletero y las aparto de golpe porque la carrocería está ardiendo. Debe hacer por lo menos treinta y tantos grados. A mi alrededor solo hay un vasto horizonte de pastos áridos y semidesérticos. Algún que otro cactus, yucas y arbustos secos que no han visto el agua desde hace mucho tiempo. Estoy sola y me las tengo que apañar como pueda. Nada de pedir ayuda. Hace una hora y media descubrí que no tengo cobertura.

Abro el maletero, me cruzo de brazos y miro con determinación la rueda de repuesto. Es la primera vez que cambio una rueda. Tampoco puede ser tan difícil. Como diría mi abuelo: «las primeras veces son emocionantes». No voy a venirme abajo por un pequeño contratiempo, ¿no?

Sí.

Joder.

Veinte minutos después, estoy sudando a mares y maldigo mi mala suerte en todos los idiomas que conozco. Tampoco son muchos: inglés y un español mediocre. He agotado mi repertorio de palabrotas cuando a lo lejos diviso la silueta de un hombre a caballo. Ni siquiera me lo pienso. Hace unas horas me habría dado pánico entablar conversación con un completo desconocido en mitad de